

Testimonio Efraín Brito Rosado, la generación de 1929.

IISUE, La Generación de 1929. Testimonios. Entrevistas de Jorge Mario García Laguardia

La Autonomía universitaria en México, México, UNAM, 1979. (Colección Cincuentenario de la autonomía de la Universidad Nacional de México, v. 1). Pp. 339-343.



Efraín Brito Rosado

Originario de Mérida, Yucatán. Cursó sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México, en la que se graduó en 1936. Fue maestro en la misma institución, durante 10 años, de Historia Universal y del Arte. Campeón nacional de oratoria y representante de México en el concurso internacional de Washington en 1928. Presidente de la Federación Estudiantil Universitaria.

Primer secretario de la Embajada de México en España y Encargado de Negocios de México en Brasil. Presidente de la Comisión de Estudios Legislativos, director de Acción Juvenil, fundador y director de la Escuela de Iniciación Política de la Secretaría de Educación. Director de Acción Social del Departamento del Distrito Federal. Diputado Federal y Senador por su estado natal.

Miembro de número de la Sección Manuel Crescencio Rejón, correspondiente al Colegio de Abogados. Ha sido articulista y editorialista del diario Crítica de Buenos Aires y de varios de los principales diarios de la capital de la República.

[Nota del entrevistador]

1. La autonomía universitaria, como debe entenderse, es decir, libertad absoluta de las altas Casas de Estudios para determinar por sí mismas su actividad de investigación, de docencia y difusión de la cultura y asimismo su organización y funcionamiento administrativo, es una idea que estaba ya en el ambiente en los centros de educación superior, desde el segundo decenio de este siglo. El maestro Justo Sierra enunció en su discurso inaugural de la segunda época de la Universidad, en 1910, el requerimiento de una amplia libertad para los centros de altos estudios. El rector Joaquín Eguía Liz expresó ideas semejantes en 1912 y en el año de 1917; el ingeniero y general Pascual Ortiz Rubio, más tarde presidente de la República y entonces gobernador de Michoacán, decretó la autonomía de la Universidad de San Nicolás de Hidalgo. Es éste el hecho precursor de la autonomía universitaria en la América Latina. En 1918 se hizo el gran movimiento autonomista en la Universidad de Córdoba, Argentina. Y en México, en los Congresos estudiantiles y también por la Federación de Estudiantes y la Liga Nacional de Estudiantes, con anterioridad a 1929, se enviaron al Congreso proyectos de ley de autonomía universitaria, que no fueron considerados por ese cuerpo legislativo.

Es cierto que el movimiento estudiantil de 1929, se inició por una simple discrepancia en la forma de estimación del aprovechamiento escolar, pero eso fue sólo un antecedente; durante el curso de la huelga se invocó muchas veces la autonomía y la noche del 23 de mayo de 1929, fecha símbolo, en que de hecho se logró el triunfo, Alejandro Gómez Arias envió una carta por conducto del compañero Ernesto Barrón Mier, al doctor José Manuel Puig Casauranc, jefe del Departamento del Distrito Federal, en que pidió la autonomía como la mejor solución del conflicto. Yo también en conversaciones con el mismo funcionario y con el presidente de la República licenciado Emilio Portes Gil, les hice ver que la autonomía universitaria era la única forma de solución, en la que dejando a



salvo el principio de autoridad del Gobierno, quedarían también satisfechas la inquietud y las aspiraciones estudiantiles.

La autonomía no fue, ni pudo ser una concesión graciosa, precedida como estuvo por una lucha valiente y limpia de la juventud universitaria, a la que se oponía un empecinamiento del Gobierno, por sacar adelante puntos de vista y soluciones arbitrarias. La autonomía de la Universidad Nacional de México, ya requerida, fue el desenlace inevitable, por la determinante presión moral, cultural y legítima, que los estudiantes ejercimos sobre el régimen en el Poder.

2. En el Gobierno había una clara división, un antagonismo que pronto estuvo a la vista de todos, entre el licenciado Ezequiel Padilla, secretario de Educación Pública, y el doctor José Manuel Puig Casauranc, jefe del Departamento del Distrito Federal. Aquél, actuando o tratando de actuar autoritariamente, por la violencia y haciéndose sordo al clamor universitario. El doctor Puig Casauranc, más humano y a la vez más cerca del espíritu estudiantil, tratando de llegar a un entendimiento provechoso para ambas partes, cosa que afortunadamente se logró. Puig Casauranc fue, así, el conducto oportuno y bien dispuesto, para la solución final de la huelga.

3. Una de las características resaltantes y más valiosas de la huelga universitaria de 1929, fue que en ella sólo participamos como directores y como actores, exclusivamente estudiantes; en un principio sólo universitarios; otro signo distintivo de la misma fue la justicia y claridad de sus fines, estrictamente culturales. Se unieron después a ella todas las escuelas y centros educativos, de enseñanza media y superior, de la capital y de la República, que entusiastamente nos apoyaron. Fue un movimiento genuinamente estudiantil, en su gran masa batalladora y en los que fuimos directores del mismo. Quienes esto hicimos, en repetidas ocasiones oímos la voz de las sirenas presupuestales; yo tuve el ofrecimiento de ir como agregado cultural a nuestra Embajada en París y ahí terminar mis estudios. Todas esas propuestas fueron rechazadas.

Concurrió con la huelga en ese año tempestuoso de 1929, la campaña presidencial del licenciado José Vasconcelos. Tenía el antecedente de su brillante gestión como secretario de Educación Pública, como eficaz promotor de la cultura y difundidor de la educación en todos sus grados. Había sido también un sobresaliente revolucionario. Pero aunque contaba con la simpatía de la juventud estudiantil, ésta se escindió en dos corrientes: unos se dedicaron por entero a la campaña presidencial y otros nos entregamos completamente a la huelga estudiantil. Hubo unidad ideológica, pero bifurcada en dos direcciones: vasconcelismo y autonomía universitaria.

4. Para mí la huelga de 1929, que conquistó la autonomía, está llena de recuerdos. Era precisamente la época del romanticismo juvenil, en que ligábamos a las inolvidables cátedras preparatorias, ensueños, ilusiones, guitarra y poesía. La calle de San Ildefonso, tan bella y evocadoramente cantada por Baltazar Dromundo; otras calles aledañas, Argentina, el Carmen, Justo Sierra, las Plazas de Loreto y del Estudiante, en que se quedaron prendidos los mejores lauros de nuestros ímpetus juveniles. Unidas a estos momentos, por mi mente pasan en tropel figuras de la huelga, Julio Serrano Castro, José Vallejo Novelo, Octavio Rivas Cid, Antonio Bernal, Roberto Atwood. Pero entre ese desfile de evocaciones y nostalgias y ya como un hecho de la huelga, recuerdo que al oscurecer del día 23 de mayo, reuní en un mitin, en la Casa del Estudiante, a todos los alumnos de nuestra Escuela Nacional Preparatoria Nocturna, fundada por el compañero José María de los Reyes, y entonces única, en su oportunidad de abrir las puertas de la cultura y de la libertad, a quienes en el día



trabajábamos. La inmensa mayoría de los compañeros estábamos por la huelga. Dije un discurso de fogosa convicción juvenil, y al frente de mis huestes preparatorias marchamos de la Casa del Estudiante a la antigua Plaza de Santo Domingo, posteriormente del 23 de mayo, en uno de cuyos ángulos estaba la Facultad de Medicina, en donde antes estuvo la Inquisición virreinal. Al llegar a ese sitio, entre el vigoroso clamor de mis compañeros, pudimos presenciar la iniciación del ataque de policías y bomberos contra los estudiantes. Dentro de la Facultad de Medicina había un agitado mitin. En pugna con los uniformados alcanzamos la puerta del plantel y en ese momento llegaba también el doctor Puig Casauranc, quien ordenó el inmediato retiro de policías y bomberos. El mitin en Medicina culminó con un enardecido apoyo a la huelga, aunque ese triunfo se vio nublado por los compañeros heridos, en ese lugar y más tarde en la avenida Juárez. Yo fui detenido, con centinelas de vista, en un local próximo.

5. La autonomía conquistada con entusiasmo, valor y tenacidad, por los estudiantes universitarios en 1929, al convertirse en ley fue tendenciosamente degradada. Seguramente terciaron en su elaboración muchas voces, oficiales y oficiosas. Se trató de frenar la libertad plena, que es el ambiente manifiesto de la cultura, con subterfugios y recursos expresos o encubiertos, para empobrecer la ley, hacerla mezquina. Hubo varias disposiciones que la rebajaron, pero la decisión universitaria de ser autónoma las superó en los hechos, haciendo de nuestra Casa de Estudios un reducto inviolable de la libertad de pensamiento. En varias ocasiones, burócratas oportunistas, que querían estar con un pie en el presupuesto nacional y otro en la Universidad, trataron de imponer absurdas ideologías mistificadas, cosa que nunca lograron. La libertad de pensamiento privó, por encima de todos ellos.

Es oportuno reiterar, ahora, que la autonomía universitaria hay que entenderla como plena libertad académica y administrativa, libertad para la creación de la cultura, para su transmisión a través de la cátedra y su difusión por todos los medios. La autonomía es libertad; pero es también responsabilidad, esfuerzo en la elaboración y enriquecimiento de valores. La Universidad, en su marcha hacia adelante, es premisa y sostén del progreso de la nación. Entorpecerla o paralizarla, es un ataque contra la autonomía, contra la cultura y contra México. En el mundo, nadie tiene derecho a detener la marcha de la cultura.

Contra toda intromisión mezquina, facciosa o arbitraria, la autonomía es libertad para fértiles ansiedades en la perenne juventud del espíritu, y en ese ámbito de libre proyección del pensamiento y grato desenvolvimiento del alma, hay que centrar el deseo y la energía, sobre las esquivas revelaciones de la ciencia en su conformación de la verdad, en contacto con la belleza y el triunfo final de la voluntad.

La Universidad, nuestra querida Universidad de México, ha padecido en pasados sexenios, oscuros y sórdidos embates; pero el vigor juvenil, que sin espejismos cronológicos es atributo natural de los universitarios, alienta renovado en ella, y la alegría de originar formas superiores de vida, no sólo para el estudiante o el investigador, el catedrático, o el profesionista sino para la nación, debe ser estimulante propulsor hacia una realidad futura, que desde hoy está en la inquietud de los universitarios y de todos los mexicanos.

